Remember

Un amor inolvidable

Gran éxito wattpad
16 millones de lecturas
Ganador del Premio WATTYS

Ashley Royer

CROSS BOOKS

REMEMBER

UN AMOR INOLVIDABLE

ASHLEY ROYER

CROSS BOOKS

Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Remember to Forget*
© 2016 by Ashley Royer
Publicado mediante acuerdo con The Zondervan Corporation L.L.C.
© de la traducción, Silvia Cuevas Morales, 2016
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-08-16551-4
Depósito legal: B. 24.505-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1
Levi

—¡Levi, sal de tu habitación! ¡Tenemos que hablar! —dice mamá al otro lado de mi puerta.

Yo estoy sentado sobre el frío suelo de madera, tengo las rodillas dobladas y abrazadas contra mi pecho y la espalda apoyada en la puerta. Hundo los dientes en mi labio inferior, rápidamente noto un dolor agudo. Aprieto aún más hasta que lo único que siento es una ligera vibración debajo de los dientes.

—Por favor, déjame entrar —me ruega—. Esto me duele tanto como a ti.

Respiro hondo y me levanto despacio, mi mano titubea junto al pomo unos segundos antes de quitar el pestillo. Camino hacia mi cama y espero a que entre mamá. Cuando lo hace, se la ve cansada y triste. Tiene los ojos pesados y los labios fruncidos. Este asunto parece haberle echado encima veinte años. Me mira, y yo la miro a ella, ninguno de los dos abre la boca, pero en mí es lo normal.

—No quiero hacerte esto, Levi. Pero es la única opción que nos queda —dice, a la vez que se sienta a mi lado. Des-

vío la vista. Chasqueo los nudillos con nerviosismo. Mamá suspira—. Te vas dentro de dos días. Me gustaría acompañarte, pero no puedo. —Yo fijo mi mirada perdida hacia delante—. Esto es lo mejor para nosotros, para ti. Tu padre y yo... —Hace una pausa, le flaquea la voz—. Solo queremos que vuelvas a ser feliz.

Y cuando dice eso, salgo de la habitación, bajo la escalera corriendo y cruzo la puerta principal de la casa. Cierro de un portazo, y de inmediato me golpea la lluvia fría, pero no me importa. Sigo caminando por la calle oscura. Las farolas son la única fuente de luz. Le doy una patada a una piedrecita delante de mí y oigo cómo salpica en un charco.

Qué asco de vida.

¿Cómo pueden hacerme esto mis padres? Quieren que me vaya de Australia a vivir con papá en Maine. No creo que mudarme a América para vivir con mi padre sea la solución a todos mis problemas. Apenas lo conozco, y estoy segurísimo de que él no sabe absolutamente nada de mí. Llevo tres años sin verlo. Lo único que he recibido han sido algunas tarjetas y regalos por Navidad.

Se fue cuando yo tenía catorce años. Entonces, todo era perfecto: una familia perfecta, amistades perfectas, una vida perfecta. Lo único que hacía era ir a la escuela, comer, dormir y jugar a videojuegos. ¿Hay algo mejor? Me encantaría retroceder en el tiempo a cuando todo era fácil.

Hace tiempo que ya nada es sencillo.

Mamá me dio muchas razones para irme. Según ella necesito romper con todo lo que me es demasiado familiar y me vendría bien vivir nuevas experiencias. Al final todo se resume en que me aleje de las cosas que me recuerdan a Delia. Mamá quiere que olvide, como todo el mundo. Pero

¿cómo puedo olvidar a la única persona que me importaba de verdad? No es tan fácil quitármela de la cabeza y que todo vaya bien por arte de magia.

Tendré que conocer a personas que no sabrán nada sobre mí. Eso podría ser bueno, pero también malo. Por no hablar de los terapeutas y psiquiatras que tendrán que comenzar desde el principio. No me apetece volver a pasar por eso. Las preguntas y respuestas, los formularios y pruebas... Lo odio. Por fin me sentía cómodo con mis médicos, y ahora tendré que empezar de cero.

Me pongo la capucha y meto las manos en los bolsillos hasta el fondo mientras continúo pensando. Suspiro hondo, desearía que todo fuese distinto. De algún modo, de alguna manera, quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. ¿Cómo ha llegado mi vida a ser tan terrible?

—Esplendoroso —digo, la palabra se desliza por mi lengua—. Hoy va a ser un día esplendoroso.

—Tú eres esplendoroso —dice Delia sonriente.

La miro y veo los hoyuelos de sus mejillas cuando sonríe. Se muerde la lengua un poco; siempre lo hace cuando sonríe mucho.

Pestañeo a toda velocidad y me froto los ojos con rabia, intentando detener el recuerdo. Siempre es superpotente, como si hubiera sucedido ayer, pero no es así, ya hace seis meses. Ciento ochenta y dos días para ser exactos.

«Fue la última vez que la vi sonreír de esa forma.»

Todos los días desearía no despertar. Me encantaría que las cosas fueran distintas. Me gustaría que ella estuviera conmigo, pero no es así.

Me siento en el bordillo de la acera y de repente me mareo. Siempre me pasa cuando pienso demasiado, normalmente cuando me acuerdo de lo que ocurrió. Y pienso en

ello muchísimo. Las personas más calladas tienen las mentes más potentes, y la mía está pidiendo ayuda con todas sus fuerzas, pero mis labios no se mueven.

Sacudo la cabeza y la rodeo con las manos, siento la lluvia caer con intensidad sobre mí. Extiendo la mano y atrapo algo de lluvia, observo cómo el agua se desliza hacia abajo entre mis dedos. Abro la mano y veo que el agua cae hasta el suelo y salpica cuando rebota en el asfalto. Es como tocar el cielo con las manos, como un lugar donde nada puede alcanzarte, pero de repente la tierra se abre bajo tus pies y caes. Todo cambia. Ahora estás en el fondo, mirando cómo todo el mundo vive su vida allí arriba mientras tú estás atrapado en un charco.

Así es como me siento.

Me pregunto cómo será no sentir la lluvia en la piel o no poder escuchar su sonido. Me pregunto cómo será respirar por última vez. Me pregunto muchas cosas.

Estoy la mayor parte del tiempo preguntándome cosas.

Pasa un coche, reduce la velocidad y se detiene delante de mí. Las luces de los faros me ciegan durante un segundo, pero me adapto a la luz enseguida y me doy cuenta de quién es. La pintura azul marino desconchada y la abolladura que tiene la forma de un fantasma me ayudan a reconocer el vehículo al instante.

—Súbete al coche —dice Caleb cuando baja la ventanilla.

Siempre parece saber cuándo me escapo de casa o me meto en un lío. Y siempre me rescata.

Pongo los ojos en blanco, me subo al coche y apago la radio. Como siempre, Caleb tiene la música a tope. Casi hasta me molesta que pueda disfrutar algo tanto.

La mayor parte del tiempo Caleb me cae mal, porque me recuerda cosas que no quiero recordar, pero él me tolera, así que yo también a él. Parece ser el único capaz de soportarme.

Me mira y suspira.

—¿Has vuelto a discutir con tu madre?

Yo asiento, sin mirarlo.

—¿Te habló de la mudanza? —pregunta. Levanto la vista y lo miro confundido. ¿Cómo se enteró antes que yo?—. Ella me preguntó qué me parecía —me explica.

Él siempre sabe lo que estoy pensando, y la verdad es que no entiendo cómo lo hace.

Aprieto los puños, los nudillos se me ponen blancos. ¿Caleb lo sabía y no me dijo nada? Le lanzo una mirada asesina, llena de veneno.

—Mira, Levi —dice, volviéndose hacia la calle—. Quiero recuperar a mi mejor amigo. Y sé que todo es un asco, pero hasta ahora nada ha servido para ayudarte; puede que esto funcione. ¿Vale?

Yo dejo escapar un suspiro y miro por la ventana, observo cómo se desliza la lluvia por la suavidad del cristal. Me pregunto cómo será ser una gota de lluvia, seguro que juegan a echar carreras por la ventana. Me pregunto si sus vidas duran solo unos segundos, y si se mueren cuando llegan al suelo.

Me gustaría ser una gota de lluvia. Seguro que ellas no tienen preocupaciones.

Caleb sigue hablando, pero yo desconecto. Siempre hago lo mismo cuando habla, y él lo sabe, pero sigue y sigue. No se rinde nunca y eso me pone de los nervios.

Una vez más pienso en cómo será vivir en Maine. Está

a miles de kilómetros de Australia, donde he pasado toda mi vida. No entiendo de qué me va a servir mudarme tan lejos. Al contrario, empeorará las cosas, nada me saldrá bien, esto no se me pasará jamás. Podrían enviarme a Marte y yo no cambiaría. A las personas no se las puede reparar cuando ya están rotas. Son como esquirlas de cristal, un montón de trocitos pequeños que no pueden volver a pegarse. Invisibles, cortantes y destrozadas. Aunque quisiera recomponerme y volver a juntar los trozos que me quedan, no sería capaz.

—¿Levi? ¡Levi! —me llama Caleb, haciéndome regresar a la realidad.

Lo miro. Giro el cuello de manera brusca para que vea que estoy mosqueado. Lo observo intensamente, con furia, y espero a que hable de nuevo.

—Como te estaba diciendo, creo que deberías ir sin formarte ninguna idea de antemano. Ve con la mente abierta, te irá bien.

«Te irá bien.»

Eso es lo que me dijo todo mundo hace seis meses, y siguen con ese rollo. ¿Acaso les parece que me va bien? No. Nada irá bien jamás.

—Y Delia querría que lo hicieras —añade Caleb—. Le gustaría que fueses feliz.

Me encojo cuando menciona su nombre y me muerdo el labio inferior con nerviosismo. Lo único que ella deseaba era que fuera feliz, pero nada más lejos de la realidad.

—Lo siento, no quería... Vaya... Lo siento —dice Caleb tartamudeando y tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Yo vuelvo a apartar la vista de él e intento olvidar, como

de costumbre. Tan solo pretendo olvidar lo que siempre recuerdo.

—¿Qué te apetece hacer? —pregunta Caleb en voz baja para cambiar de tema. Tamborilea con los dedos sobre el volante y se muerde el labio—. Sé que no quieres ir a casa.

Me encojo de hombros. Él ya sabía que esa iba a ser mi respuesta, pero de todas formas me ha preguntado.

—¿Te apetece una pizza? ¿Tienes hambre?

Me encojo de hombros de nuevo.

—Vale, pues pizza.

El resto del trayecto lo pasamos en silencio; solo se oye la lluvia que cae sobre el coche y el sonido de las ruedas al deslizarse sobre el asfalto. Por potente que sea el ruido, nunca nada es suficiente para ahogar mis pensamientos. Siempre viviré con esas voces que me ensordecen.

Cuando llegamos a la pizzería, Caleb pide para los dos, como siempre. Sabe exactamente lo que quiero: una Coca-Cola grande y una pizza de *pepperoni*. Me siento en un taburete frente a una mesa alta y espero; lo miro mientras se apoya en el mostrador y dobla el recibo con cuidado. Tiene el ceño fruncido, como si algo lo preocupara.

Seguro que está pensando en mí. Soy un incordio para todo el mundo.

Cuando la pizza está lista, se sienta al otro lado de la mesa y coge una porción llena de queso, que estira hacia arriba hasta que se rompe. Sonríe y se lame la salsa del pulgar antes de darle un mordisco.

—¿Vas a comer algo? —pregunta con la boca llena, señalando la pizza con la cabeza.

Alcanzo un trozo, aunque no tengo hambre. Casi nunca tengo hambre.

—¿Cuándo te marchas? —pregunta Caleb.

Bebo un sorbo de Coca-Cola, saco el teléfono del bolsillo y escribo algo a toda velocidad. Caleb espera mi respuesta y deja la pizza en el plato.

Una voz monótona y robotizada sale de mi teléfono, leyendo lo que he escrito.

—Dentro de dos días. ¿A qué distancia está Maine?

Caleb se muerde el labio y piensa.

—No lo sé. Pero muy lejos, eso seguro.

Vuelvo a escribir.

—¿No hace frío allí?

—Sí —responde Caleb—. Tanto como en tu corazón.

Yo pongo los ojos en blanco y le lanzo una mirada asesina. Él levanta las manos para defenderse.

—Pues vale —lee la voz robótica—, me alegro de que haga frío. Odio el calor. A lo mejor me congelo y me muero.

—No lo dices en serio —dice Caleb.

Yo asiento con un movimiento de cabeza y enarco las cejas.

Siempre hablo en serio.

O para ser exactos, escribo.

Porque la última vez que hablé fue hace ciento setenta y nueve días.